



done en Madrid.

BARCELONA

EL GRABADO ALEMÁN ACTUAL.—Obras de Josef Alberts, Joseph Beuys, Gotthard Graubner, Dieter Krieg, Gerhard Richter, Emil Schumacher, Günter Uecker, etc. Fundación Joan Miró, Parque de Montjuich (Barcelona). Hasta el 10 de diciembre.

ELENA COMBALIA.—Oleos toda-via indecisos, acuarelas de fina sensibilidad (el rincón del jardín, el florero, un puerto) y dibujos donde trata de captar, con breves rasgos, la figura humana, configuran la exposición de esta joven artista. Galería Leonora. Beethoven, 13 (Barcelona).

VALENCIA

MARTI QUINTO: "Imágenes de la memoria".—La exposición revive, mediante dibujos y obras de técnica mixta, los recuerdos de un barrio natal. Antiguo componente de la Estampa Popular valenciana, Martí Quinto demuestra, en los dibujos, unas afinidades con Hockney, mientras que el resto, muy distinto, posee una poética más cercana al arte pobre o incluso al realismo de lo cotidiano español (persianas viejas). Galería Val y 30. Almirante, 1 (Valencia).

Colaboran: Ana Angel • Victoria Combalia • Ana Díaz-Plaja • Alvaro Fauto • Jordi García-Soler • María Gorgues • Eduardo Haro Ibars • Miguel Logroño • Víctor Márquez Reviriego • Moisés Pérez Coterillo • José Ramón Rubio • **COORDINAN:** Carmen Fernández Ruiz y Diego Galán

GOTAS NADA MAS

EN los meses que precedieron al verano, y aun en el caluroso y letárgico transcurso de éste, diversas muertes se vinieron sucediendo a bordo del madrileño autobús 20, que cubre el trayecto Puerta del Sol-Moratalaz, sin que nadie, y menos aún la autoridad policial, lograra dar explicación razonable de tan extraños como trágicos sucesos. Pero cuando las muertes se manifestaron de modo tan frecuente y bestial que no hubo posibilidad de relegar la noticia al baúl de los recuerdos, según la acreditada costumbre de la clase política hispana, y el propio ministro del Interior hubo de acudir al Parlamento para replicar a la pregunta formulada al Gobierno por "El Bello Felipe", fue en la semana comprendida entre los días 13 y 18 del pasado mes de noviembre. En esas fechas, once personas cayeron fulminadas en la misma plataforma del autobús, sin contar al cobrador, que llegó muerto a Cibeles desde la cabecera de línea, el cual, por cierto, según se contó luego, se había negado, con los ojos revirados, rigidamente, a cobrar los billetes a los sorprendidos viajeros que, no obstante, por discreción explicable, fueron guardándose los dineros y acomodándose en el interior sin comentar palabra acerca de aquel extraño rictus que torcía la boca del fallecido funcionario. Hay que señalar que este hecho, con ser espantoso, no revisió la gravedad que un lector foráneo, ajeno a nuestra problemática nacional, podría atribuirle, ni causó mayor impresión en la llamada opinión pública, que ya no puede vivir sin su muertito un día sí y otro también y, los fines de semana, ametrallamiento general. Verdaderamente, resultaría muy duro llegar a final de mes sin estas discontinuidades de la normalidad, que además de darle encanto y pimienta a la vida, contribuyen a controlar muy eficazmente la explosión demográfica mundial. Pero los votos son los votos. Y había que hacer algo. Al menos eso fue lo que me dijo Romualdo Conesa, sentado tras la mesa de su despacho de la Brigada.

—Rodolfo —dijo con explicable familiaridad, aludiendo a nuestro común amigo, el ministro del Interior— quiere explicaciones. Respuestas contundentes sobre estas muertes.

—Lo único que le faltaba al pobre Martín es que se le empezara a morir el personal en los autobuses sin tener una ETA que llevarse a la boca.

—¡Eso es lo malo! —exclamó Romualdo—. Porque, ¿cómo difundir por los canales habituales un comunicado creíble, en el que la organización terrorista vasca se hiciera responsable de la muerte de gente tan disímil como una monjita de la Caridad, un ex legionario, un ciego vendedor del cupón y un chaval poliomielítico?

—Utiliza el GRAPO —le sugerí—. Esos cargan con todo.

—¡Están desarticulados! —replicó con un gesto de desesperación, perfectamente comprensible entre profesionales. Y después de servir en dos copas un horrendo licor de café de Alcoy, añadió—: Necesitábamos un éxito, cierto; pero a cualquiera se le ocurre, menos a esa trepa de X, que en nuestro oficio nunca se tienen, ni interesa tener, éxitos totales. Siem-

pre conviene dejar un portillo abierto. ¿Pero qué voy a decirte que tú no sepas, Antón?

Bebimos el licor de café y comprendí al punto las falsedades y las calumnias que, en otro tiempo, habían corrido por los periódicos acerca de la facilidad con que este hombre empleaba la violencia en los interrogatorios. Una verdadera infamia. Lo horrible, lo torturante, lo que te destrozaba lentamente, desde la punta de la lengua hasta el aparato excretor, era aquel maldito licor de café.

—Tuve conocimiento de tu éxito en Roma (1) —dijo Conesa—. Y hemos pensado poner el caso en tus manos. Hasta ahora, sólo hemos cosechado fracasos. Los muertos no presentan señales de violencia, y la autopsia no ha revelado ni de lejos las causas de la muerte. Pero será mejor que te lo expliquen los muchachos.

Media hora después salía de la Brigada con Juancho, un médico de veintiocho años, de gruesos bigotes y voz ronca, y don José María, criatura de la misma edad del anterior, licenciado en Ciencias Económicas, delgado y rubio. Dos tipos duros y de plena confianza de Conesa. Ambos habían pasado directamente desde sus respectivas Facultades al paro sin paliativos ni seguros, y en 1976 habían ingresado en el Cuerpo General de Policía.

—El comisario me ha explicado el tema de las muertes y me ha dicho que ustedes me darían detalles.

—¿No quería conocer detalles del asunto del autobús?

Salimos a Sol y caminamos hasta la parada.

Una larga cola de viajeros se embutía lentamente en el largo vehículo. Cuando estuvo lleno, a rebosar, de modo que los viajeros, comprimidos, apenas si podían mantener el ritmo respiratorio, un individuo alto, de bigote fino y cara pálida, se introdujo a codazos en la plataforma con dos periódicos en la mano que, no obstante el reducido margen de maniobra, intentó desplegar o exhibir.

—¡Detenedle! —grité a mis compañeros—. ¡Rápido!

Pero era demasiado tarde. "La Fortaleza" y "El Imperial" habían hecho su mortífera obra y tres viajeros, que habían alcanzado a leer los titulares, apoyaban sus caídas cabezas sobre el huesudo pecho del sujeto, que había logrado calarse unas gafas de densos cristales oscuros. Cuando logramos rescatar al tipo de la ira popular, llamé a los artificieros de la Policía, que scordonaron la zona y sacaron de la furgoneta una especie de olla exprés llena de tubos.

—¿Dónde está la bomba? —dijeron.

—Son esos periódicos —dije, señalando el montón de hojas sobre el suelo. Y ante su mirada de asombro, añadí con la displicencia de Holmes—: Bastará, sencillamente, con que los quemem.

Y me alejé de allí, dejando a todo el mundo cautivado tanto por mi sabiduría como por mi discreción. ■

(1) Alude mi entrañable amigo a mi importante intervención en el acceso al trono papal del cardenal Wojtyla, silenciada cuidadosamente por la prensa nacional e internacional y, dolorosamente, por esta misma revista, TRIUNFO, que se ha negado, hasta ahora, a darme cancha.

EL AUTOBUS DE LA MUERTE

ANTON AMARGO